



Sławomir Mrozek. El humorista que hablaba muy en serio — 2



En la primera entrega os ofrecimos una pequeña muestra de la escritura de Mrozek acompañada de cortísimas definiciones acerca de él. Si no lo conocíais y os interesó, ampliamos a través de algunos de sus críticos, también de una mínima biografía y sobre todo de más ejemplos de su trabajo creativo. Por ejemplo aquella visión que tan bien acierta en la cercana raíz de la gran literatura centroeuropea:

«Sławomir Mrozek parece ser una de las más perfectas reencarnaciones de Kafka imaginables». Jordi Llovet, *El País*

En esta ocasión os ofrecemos además dos introducciones escritas por un crítico que admiró la escritura de Mrozek, Manuel Hidalgo.

El absurdo de Slawomir Mrozek –fragmento-

Manuel Hidalgo. *El Español*, 6 de junio de 2019

SLAWOMIR MROŻEK *DUES CARTES* TRADUCCIÓ DE J. M. DE SAGARRA QUADERNS CREMA



Soy admirador confeso del periodista, escritor y dramaturgo polaco Slawomir Mrozek (1930-2013), he leído bastantes de sus libros y no me canso de recomendarlos en la certeza de que provocarán la sonrisa y también la pesadumbre de sus lectores.

El satírico humor de Mrozek tiene su sustrato en el absurdo, lo kafkiano y, en ocasiones, lo esperpéntico (eso sí, siempre sin despeinarse), de manera que sus historias, como en los estilos mencionados, dejan, después de leerlas y haber reído, escombros de amargura, de desolación, de cierto vacío existencial y nihilista, pues el lector comprende que esto (la vida) está mal pensado, funciona de pena y no tiene arreglo.

Después de *Juego de azar*, *El elefante*, *La vida para principiantes* y tantos otros –diez, en concreto-, Acanthilado publica ahora *Magacín radiofónico*, seguido de *El agua (pieza radiofónica)*, con afinadísima traducción de Anna Rubió y Jerzy Slawomirski. Es fundamental que la traducción de Mrozek sea afinadísima -o la parezca, al menos- ya que el polaco escribía muy finamente -o afiladamente-, es decir, con economía de medios, precisión, palabra que resultaba poética a la larga y enorme capacidad para la metáfora y las sugerencias entre líneas.

Sí, porque Mrozek escribió muchos años bajo la censura del severo régimen comunista y se las tenía que ingeniar para la doble y difícil operación de disimular lo que quería decir y, al mismo tiempo, dejarlo meridianamente claro, sobre todo por insistencia y acumulación.

Las setenta historias brevísimas de *Magacín radiofónico*, escritas durante los años 60, responden, con frases cortas y mucho diálogo, a un patrón común: comienzan en un punto álgido de absurdez, se desarrollan rizando el rizo del disparate -con variaciones y giros- y desembocan en un final a menudo inesperado, destinado a dejar patente que si lo que iba pasando era malo -ridículo, infumable, insostenible-, lo que termina por pasar es el colmo de los colmos, la demostración palpable de que todo puede ir a peor, principalmente cuando se le encuentra una aparente solución.

Los personajes de Mrozek, con bastante frecuencia tentados a morir o a matar, suelen ser, juntos y por separado, no poco disfuncionales y dismórficos. Son así porque la vida -y el trabajo, y el vecindario, y la familia, y la pareja, y todo- no da para lograr una situación mejor y, sobre todo, en este libro, porque la fauna y los hábitos de un régimen totalitario -y, por tanto, estúpido- no facilitan una deriva más afortunada.....□



Slawomir Mrozek, en blanco y negro

Manuel Hidalgo. 11 febrero, 2013



Suicidio: ocurre cuando alguien se arrima una pistola a la sien en vez del auricular del teléfono

Con esta cita de *El elefante* terminaba el artículo que escribí hace casi tres años sobre el dramaturgo, cuentista, periodista, guionista y caricaturista polaco Slawomir Mrozek.

Menos de veinte palabras contienen el mundo y el estilo de Mrozek, gran aforista, genial cultivador del humor negro, capaz de volver del revés con un quiebro la lógica ilógica de la cotidianidad, muy obsesionado por la muerte, y también por el suicidio, según se puede comprobar una vez más en *La vida para principiantes*. *Un diccionario intemporal*, tal vez el noveno libro del escritor que Acantilado publica desde 2001.

Enseguida, tras la hilarante carta de un joven que se dirige a la reina Isabel de Inglaterra para que lo adopte, el relato de la trascendental confusión que embarga a un individuo por no saber elegir entre el té y el café que le ofrece su anfitriona y una feroz sátira del arte moderno, ya aparecen la muerte y el suicidio unidos en el desopilante cuento de un capitán de bomberos que debe disuadir a un inminente suicida sin creer -por experiencia- que desee suicidarse.

El humor minimalista y puntiagudo del creador de *Los emigrantes* y *En alta mar* es literalmente demoledor. Demoledor de convenciones, miserias individuales y colectivas, vicios

de la burocracia y del poder estructurado, tontas ideas comunes o no tan comunes. En un universo trágico, emparentado con Kafka, entra la piqueta de un absurdo a lo Ionesco. Sin embargo, con Mrozek pasa algo curioso, casi paradójico: aunque su diagnóstico de la vida es devastador no termina de agobiar. Hay en él, no sé, una especie de piedad y, en definitiva, comprensión hacia sus personajes, hacia la flaqueza de la condición humana y sus realizaciones, que acaba por inducirnos a la compasión y alejándonos de la depresión. ¿Podríamos decir algo así como que su negrura es blanca? No siempre, desde luego, pero el evidente pesimismo de Mrozek no termina de anegarnos.

Los 39 cuentecillos breves de *La vida para principiantes* están organizados en forma de un diccionario que ordena alfabéticamente conceptos como la anarquía, el cambio, el egoísmo, el idealismo, la libertad, las mujeres, el progreso, la revolución, la verdad y muchos otros que, se supone, se corresponden con los asuntos que Mrozek quiere tratar. El lector sonreirá siempre y dejará escapar carcajadas con venturosa frecuencia, mientras disfruta de las magníficas viñetas del dibujante francés Chaval.

En su esclarecedor epílogo, Jan Sidney recuerda unas palabras de Mrozek en una entrevista de 1995:

No creo que se me agoten los temas, porque no estoy de acuerdo con nada"

¿Musas? El desacuerdo, la disensión, la disconformidad: fuentes seguras de inspiración. Después de mirar atentamente alrededor. □



Academia de ciencias

Desde aquella montaña se divisaban los valles en toda su amplitud, y en el suelo había dos vigas cruzadas.

—Ahora tumbate —dijo el mayor.

—¿Y para qué me tengo que tumbar?

—Para descansar. La montaña es escarpada, te has cansado. No, no en el suelo, sobre las vigas.

—¿Por qué sobre las vigas?

—Porque la tierra está húmeda después de la lluvia, podrías coger un resfriado. Sí, eso es, y ahora abre los brazos.

—¿Por qué?

—Porque así se respira mejor. Y junta las piernas.

Me sujetaron las manos por las muñecas y las piernas por los tobillos; me los apretaron contra la madera. Sacaron un martillo y unos clavos y se pusieron a clavar.

—¿Por qué me estáis clavando?

—Para que no caigas cuando te pongamos derecho. Podrías caer y golpearte, o hasta podrías herirte o romperte un brazo o una pierna. Y si te clavamos, los clavos te sujetarán. No te caerás.

—Pero, ¿para qué queréis ponerme derecho?

—Desde aquí, desde esta montaña hay muy buena vista, pero para ti, desde arriba, será todavía mejor. Porque estarás todavía más arriba.

Me levantaron tendido sobre las vigas, la viga vertical la clavaron en la tierra y la reforzaron con unas piedras.

—Ya está —dijeron. Estaban contentos con su trabajo.

—Bueno, pues nosotros ya nos vamos —dijo el mayor poniéndose el casco que se había quitado, pues había sudado mientras trabajaba—. Y tú te quedarás aquí.

—¿Y por qué tengo que quedarme aquí?

—Para que reflexiones sobre el sentido del sufrimiento. Es decir, para que descubras qué significa en el fondo del dolor. Cuando descubras algo, lo explicarás.

—Pero, ¿por qué tengo que descubrir algo?

—¿Qué pasa? ¿Te gustaría sufrir sin sentido? Está mal, hermano, está mal. Todo tiene que tener un sentido.

Empezaron a descender la montaña, alejándose hacia abajo.

—Pero, ¿a quién se lo voy a contar —les grité— si vosotros ya no estaréis aquí?

No contestaron, porque ya no estaban. □



Política interior

Juanito le quitó un juguete a Pedrito. Pedrito se quejó de ello a su hermano mayor. El hermano mayor de Pedrito se dirigió inmediatamente al patio y le dio una patada a Juanito. Juanito fue corriendo a la cercana planta embotelladora de gaseosa donde estaba empleado su hermano mayor y le informó de la patada. Aquel mismo día, al anochecer, el hermano de Pedrito fue víctima de una fuerte paliza.

El padre del agredido era colega del dueño de la planta embotelladora de gaseosa donde estaba empleado el autor de la agresión. El hermano de Juanito fue despedido. Pero su tía era cocinera de la cuñada de la mujer del director del Departamento de la Pequeña Industria, y al dueño de la planta embotelladora de gaseosa le quitaron la licencia.

El sobrino del dueño de la fábrica de gaseosa trabajaba en la policía secreta. El director del Departamento de la Pequeña Industria fue arrestado. El gobernador de la región, pariente lejano del arrestado, lo consideró una provocación e intercedió por él en la capital.

El gobierno del país, temiendo un aumento de la influencia de la policía, se aseguró el apoyo del ejército y destituyó al ministro de Interior de su cargo. La influencia del ejército aumentó.

A pesar de la enérgica acción del gobierno, Pedrito no recuperó su juguete, que se quedó en poder de Juanito.

Pero Juanito no disfrutó de él por mucho tiempo. Se lo quitó Pepito, que tenía un hermano en la Primera División Acorazada.



La mosca

Me estaba molestando una mosca. Yo la espantaba, pero ella volvía, así que la volvía a espantar.

—Conque no, ¿eh? Vale, esperaré a que...

Se apartó un poco y se posó sobre un perro muerto.

—¿A qué? —pregunté.

No contestó. Y yo no insistí, temiendo conocer ya la respuesta.



El triángulo

—Separémonos —dije—. Ya está bien de esta historia.

Llevamos juntos mucho tiempo, hemos vivido juntos muchas aventuras, pero la cosa dura ya demasiado y estamos hartos unos de otros. ¿Para qué ocultarlo? Yo ya no puedo ver.

—Perdona —observó el Zorro—. Pero soy yo quien no puede verte a ti. Ni a él tampoco —añadió indicando al Gallo.

—Y yo ni a él ni a ti—dijo el Gallo.

—Ya lo he dicho: estamos hartos unos de otros. Así que la primera afirmación no excluye la segunda, la segunda la tercera, ni la tercera la segunda y la primera.

Lo importante es que todos estamos hartos de nuestra compañía. Y por tanto sólo nos queda separarnos.

- Bien —admitió el Zorro—. Pero ¿quién debe separarse de quién?

- Eso es —corroboró el Gallo—. Y además, ¿quién se marchará primero?

—Nadie se marchará primero. Nos marcharemos todos al mismo tiempo.

—Imposible —dijo el Zorro.

—¿Por qué?

—Porque si todos nos marchamos al mismo tiempo, ¿quién quedará para constatar que no estamos aquí?

—Eso es. Alguien debe quedarse para constatarlo—salió en apoyo del Zorro el Gallo.

—Entonces me quedo yo.

—Ah, no —se opuso el Gallo—. ¿Tú te quedas aquí como si nada, mientras que yo tengo que marcharme? Ni hablar.

—Tampoco sería justo para mí —observó el Zorro.

—Entonces me marcho yo y os quedáis vosotros.

—El Gallo miró al Zorro y el Zorro al Gallo.

—¿Para seguir viendo ese morro zorruno?

—¿Para seguir viendo ese estúpido pico?

—Entonces quedémonos todos juntos.

—Sí, es la única solución —dijo el Gallo tras un momento de silencio.

—Sí, es la única posibilidad —corroboró el Zorro después de reflexionar un poco.

—Pero entonces, ¿quién se marchará a otro sitio? —pregunté.

—No te preocupes; —dijo el Zorro—. Aunque aquí estaremos los tres juntos, nos consolará saber que no lo estamos en otro sitio.□



Las cuitas del joven Werther

El director de la filarmónica nos recibió con amabilidad.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó.

—Nos debe cincuenta mil.

—Es posible, pero no acierto a saber por qué razón. ¿Podrían ustedes aclarármelo?

—En calidad de anticipo —le aclaré.

—Tal vez, es una práctica habitual. Pero anticipo, ¿a cuenta de qué?

—De nuestra actuación en la filarmónica.

—Sí, eso ya tiene cierto fundamento. Sin embargo, si no me falla la memoria, es la primera vez que nos vemos. ¿Acaso hemos firmado un contrato por correo?

—Aún no, pero podemos firmarlo ahora mismo.

—Indudablemente. Pero quisiera conocer a grandes rasgos su propuesta. ¿Ustedes forman un conjunto musical?

—De momento no, pero lo formaremos.

—¿Y más o menos con qué repertorio?

—Eso ya lo veremos cuando aprendamos a tocar.

—¿A tocar?

—Sí, a tocar instrumentos musicales, por supuesto.

La torpeza de ese individuo comenzaba a enervarme.

—¿Quiere decir que aún no saben?

—Aún o ya, ¿qué más da? El futuro de todas formas nos pertenece. ¿No ve que somos jóvenes?

—¡Oh!, desde luego. Sin embargo, ¿puedo sugerirles algo? Primero aprendan a tocar, después toquen un poco y después nos vemos. El futuro sin duda les pertenece.

Y no nos dio el anticipo, el muy facha. Salimos de allí perjudicados socialmente. En el muro había un cartel que anunciaba la actuación de un tal Mozart.

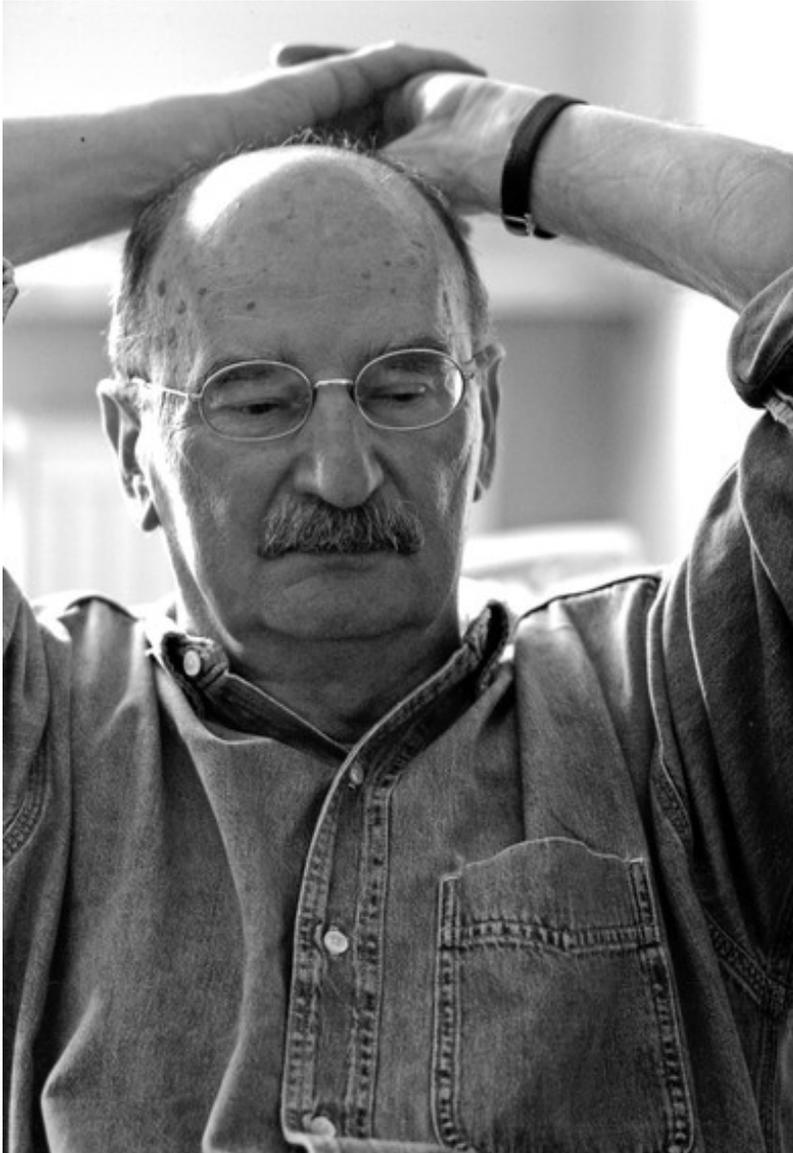
—¿Quién es? —preguntó..., pero no me acuerdo cual de nosotros, porque me falla la memoria, sobre todo antes del mediodía.

—Seguramente un viejo.

Dejamos de pensar en el arte y nos dedicamos a construir una bomba. Un día de estos la pondremos en la filarmónica. La lucha por la justicia es lo primero. □



Realidad realista



Un día que estaba leyendo el periódico con el perro tumbado a mis pies, sonó muy cerca el maullido de un gato. Me extrañó, ya que no tengo gato en casa. Miré al perro, pero no reaccionaba, al parecer no lo había oído. ¿Sería posible que no lo hubiese oído? No. ¿Fingió entonces no oír? Es absurdo, por qué iba a fingir. Entonces, ¿por qué se sonrojó?

Habría olvidado este incidente si unos días más tarde, durante un paseo, mi perro se hubiese subido a un árbol. Cuando se dio cuenta de que lo observaba, bajó y se acercó a unos perros. Estos, sin embargo, lo trataron con hostilidad.

A pesar de todo, aquello no probaba aún nada en absoluto. Al fin y al cabo, trepó sólo un poco y la hostilidad de los perros podía deberse a otras causas.

Lo llevé al veterinario.

—Examínelo, por favor, quiero saber si es un perro o un gato.

—Hoy ya no recibo, vuelva otro día.

—¿Cuándo?

—No sé, estoy muy ocupado.

¿Se pensaría que me había vuelto loco? Quizá la realidad no sea tan unívoca como nos parece. Yo con este tipo de cosas no quiero problemas, así que vendí el perro y me compré una mona.

Al día siguiente, la mona desapareció. La encontré después de una larga búsqueda.

Estaba sentada en mi butaca leyendo *Phänomenologie des Geistes* de Hegel.

Esperaré a que acabe de leer el libro y después lo discutiremos. Eso, si resulta que yo no soy ella ni ella, yo.



El octavo día



Dios trabajó seis días y descansó el séptimo. El hombre no es Dios, se cansa antes, por lo que consideró que el sábado también le correspondía como día de descanso. Esta decisión no encontró una expresa objeción por parte de la Instancia Suprema.

«Si ha salido bien con el sábado, tal vez también cuele el viernes», pensé, y dirigí a Dios una solicitud con el siguiente contenido:

«A causa del cansancio que siento después del lunes, el martes, el miércoles, el jueves y el viernes, ruego tenga a bien otorgarme también el viernes como día libre de trabajo. Homo Sapiens.»

No hubo respuesta, por lo que consideré que también el viernes me había sido otorgado.

Sin embargo, entre el miércoles y el resto de la semana quedaba el horrible jueves. Nada cansa más que el trabajo el último día de la semana laboral. Así que escribí, estavez con más atrevimiento:

«“El hombre es una caña pensante” (Blaise Pascal, 1623-1662). Yo pienso que tampoco debo trabajar los jueves.»

Ahora mi semana laboral acaba el miércoles por la tarde. Sí, pero ese miércoles... El silencio de Dios me dio valor.

«Exijo la supresión del miércoles como día laborable. Prometeo.»

En cuanto al martes, me rebelé ya abiertamente:

«“Llamarse hombre llena de orgullo” (Maxim Gorki, 1868-1936). El martes atenta contra mi dignidad. Estoy en total desacuerdo y acabo el lunes.»

No hubo respuesta, así que con el lunes fue muy fácil. Bastó con un telegrama:

«El lunes también queda excluido.»

Ahora tenía siete días de la semana libres y me sentía orgulloso de mi rebeldía (*L'homme révolté*, Albert Camus, 1913-1960). Pero al cabo de un tiempo me di cuenta de que la semana sólo tenía siete días y, por lo tanto, yo no podía tener más de siete días libres a la semana. Semejante limitación de mi libertad me pareció inadmisibles. Así que telegrafíé a Dios:

«Crear inmediatamente un octavo día.»

No contestó, lo cual me afirmó definitivamente en mi convicción de que Nietzsche tenía razón (Friedrich Nietzsche, 1844-1900) y Dios no existía. Pero en ese caso, ¿quién era el culpable de que la semana sólo tuviera siete días y de que yo no pudiera tener más de siete días libres a la semana?

Cogí un palo y me puse al acecho en la escalera. Cuando pase un vecino, le arreo. A fin de cuentas, alguien tiene que ser el responsable de la injusticia que se me ha hecho.



La epidemia

«Mientras fui niño, e incluso joven, no sospeché nada. Tal vez no me hablaron de ello para no asustarme. Pero más tarde lo descubrí y ahora ya sé con toda seguridad que en el mundo se propaga una extraña peste.

El cólera, el tifus y otras plagas tienen sus nombres y sus síntomas. No se las mantiene en secreto. Cuando se produce una de estas epidemias, todo el mundo habla de ello y se produce un gran alboroto. Sin embargo -y es justamente esto lo más curioso-, los enfermos que contraen esos males se curan, no muchos, pero algunos sí, lo cual quiere decir que esas enfermedades no son mortales de necesidad. En cambio, la que he descubierto yo, mata sin remedio. Desde tiempos inmemoriales nadie, absolutamente nadie, la ha sobrevivido. Y sin embargo no se habla de ella, y cuando se habla, no se la llama por su nombre. ¿Acaso será porque nadie sabe cómo se llama? ¿Y porque ni tan sólo se conocen sus síntomas?

El cólera o el tifus aparecen de cuando en cuando y entonces todo el mundo tiene muchos conocidos que los contraen, pero después, durante decenas de años, no encuentras a nadie que enferme de tifus o de cólera. Ni aún buscándolo con candil. En cambio, la extraña peste de la que estoy hablando hace estragos siempre y sin parar. A medida que pasa el tiempo cada vez hay más conocidos tuyos que al parecer la padecieron y que a consecuencia de ella han acabado bajo tierra.

De modo que comienzo a sospechar que tiene algo que ver con el tiempo, lo que se puede apreciar muy bien en el caso de mi abuelo. Cuando era joven, vivía. Y también durante su mediana edad. Pero pasaron unos años más y ¿qué queréis? Ya no está. Simplemente está muerto. ¿Por qué vivió mientras era joven y más tarde ya no? ¿Por qué no al revés? Tiene que haber en ello una razón profunda.

Si lo miramos con una perspectiva más amplia, la relación entre el tiempo y la peste se dibuja aún más nítidamente. Por ejemplo, ni un hombre, repito, ni uno solo de los nacidos antes de la primera mitad del siglo pasado sigue aún vivo. Es una regla absoluta. Fuera de cierto límite, la cantidad de años ya no tiene importancia. Respecto a los que murieron hace quinientos años estamos igualmente seguros de que ya no viven, como respecto a los que murieron hace quinientos setenta y tres o hace mil años. Sólo hasta cien años podemos todavía diferenciar algo. Sí, indudablemente, el tiempo tiene algo que ver con ello.

Así que se debería dar la voz de alarma, tal vez salir a la calle y echarse a gritar. En muchas ocasiones he sentido la tentación de hacerlo, además es obligación de todo individuo dar la voz de alarma si descubre un peligro público. Avisar, gritar en voz alta, indicarlo. La sociedad debería consolidarse y enfrentarse unida a la amenaza. No sé cómo... Para eso tenemos gobiernos, partidos políticos y, en fin, toda la organización social. Pero cada vez que salgo a la calle, no me sale la voz de la garganta. Tengo la sensación de que existe una conspiración de silencio. Y que cuando comience, me tomarán por loco, aunque saben perfectamente que lo que yo grite será la pura verdad. Y sólo fingen que no saben nada y no dejarán a nadie hablar de ello en voz alta. ¿Será un complot o qué? ¿Una confabulación? Pero una confabulación, ¿con quién?, ¿con la peste? Esto no me cabe en la cabeza.

De modo que no tengo más remedio que pensar yo mismo sobre las medidas preventivas. Porque poco a poco comienza a brotar en mí la sospecha de que todo eso no se refiere sólo a conocidos o desconocidos míos, a gente que había existido y que ya no existe, a quienes están ahora y más tarde no estarán. Porque, ¿qué pasa si yo mismo estoy amenazado? Antes me parecía imposible, simplemente no pensaba en ello. Pero ahora...

Porque estoy vivo, y en eso precisamente debe consistir esta enfermedad. Sí seguramente en eso.

¿Acaso yo también habré de morir a causa de ello?»□

